

# Carlos Pacheco ya es eterno

El dibujante Carlos Pacheco ya vuela más alto que Superman. Nacido en San Roque, el 14 de noviembre de 1960, desde niño apuntó una serie de cualidades que lo acabarían convirtiendo en el historietista español más prestigiado en la industria americana del cómic y, como consecuencia de ello, en una figura de proyección internacional que nunca nos cansaremos de celebrar. Sus primeros pasos como dibujante los dio en revistas comarcales, como la linense Tuboescape, pero no hubo de pasar mucho tiempo hasta que fuera reclamado por la división británica de Marvel Comics. A partir de ahí—tanto en DC Comics como en la Marvel americana—, X-Men, Capitán América, Los Cuatro Fantásticos, Spiderman, Batman, Hulk,

Superman... y muchos otros lo alzaron a la consideración de gran especialista en superhéroes y le proporcionaron importantes premios. Tampoco desatendió la faceta académica y supo dignificar el cómic buscando ocasiones para introducirlo en los ámbitos universitarios. El respeto que Carlos Pacheco concita entre sus compañeros de profesión está basado tanto en la admiración de todos ellos hacia sus importantes consecuciones artísticas como en el reconocimiento de sus sólidas cualidades humanas. Desde noviembre de 2022 Carlos ya no está sujeto a limitaciones de espacio y tiempo. Ahora vive en el jardín de los inolvidables y en el cariño de quienes lo conocimos. Casi sin darnos cuenta, Carlos se ha vuelto eterno.





  
TOMOYUKI HOTTA

Corría el año 1998. Durante mi paso por la Fundación Municipal de Cultura de La Línea, tuve la feliz idea de proponer a Carlos Pacheco como pregonero de la Feria del Libro. Carlos aceptó sin ningún titubeo y con muchísimo entusiasmo. Pareciera, incluso, que más agradecimiento mereciésemos los miembros de la Fundación por invitarlo que él por aceptar el ofrecimiento. Así era Carlos: sencillo, generoso, participativo, agradecido, amable. Nadie diría que nos habíamos dirigido a quien, como afirmase en aquellos tiempos nuestro común amigo Luis Alberto del Castillo, era uno de los dos únicos campogibaltareños de irrefutable proyección mundial. El otro era Paco de Lucía. El pregón de Carlos fue una apacible tempestad de recuerdos y emociones. No puedo dejar sin referir con qué elegancia, con qué bondadoso humorismo, gestionó las andanadas de algún jovenzuelo que, durante la charla posterior al pregón, quiso ejercer de crítico irreverente, quizá anhelando camuflar su admiración bajo un tinte de heterodoxia. ¡Heterodoxias a Carlos!, doctorado en ellas *cum laude*, y capaz de neutralizar cualquier ataque con un supremo ensalmo válido para todos los tiempos y lugares: el respeto a los demás. Carlos podía domar leones con látigos de plastilina. Sírvanse disfrutar seguidamente de la brillantez que Carlos Pacheco administró, con distendida cordialidad, como quien salda una hermosa cuenta con el pasado, a lo largo de aquella introducción al convite de los libros.

José Villalba

### Pregón de la Feria del Libro de La Línea, año 1998, texto de Carlos Pacheco

Creo que fue Andrés Amorós quien dijo que es en los toros, el fútbol, la Semana Santa, las tertulias radiofónicas y los pregones donde encontramos la mejor «mala literatura» de la lengua española. Me temo que no sólo no podré escapar de los españoles que constituyen lo que este señor define como «mala literatura» sino que, si Odín no lo remedia, además caeré de lleno en la «literatura mala». Miren ustedes, lo mío es contar historias con dibujos.

En cualquier caso culpen a mi osadía al aceptar un encargo de tan grandes dimensiones y no a las amables personas que pensaron en mí para iniciar la que será la vigésima Feria del Libro de La Línea de la Concepción; pero por dos simples razones no podía ser de otra forma:

En mi modesta biblioteca siguen en su lugar aquellos volúmenes de la extinta Editorial Molino. Tres volúmenes que en su segunda cubierta conservan, aún resistente a la oxidación, el sello morado de la primera Feria del Libro de La Línea.

Siempre me ha gustado la palabra Feria. No en balde es sinónimo de diversión, de recreo, de distensión y antónimo de aburrimiento, seriedad, encorsetamiento, oficialidad.

Contradictorio, ¿verdad? ¿Se puede conjugar la necesidad de conservar el placer que derritió los umbrales de mis sentidos con el odio cerval por el comportamiento canónico? He logrado convencerme de que sí, sí que se puede. Para ello no sólo hay que considerar necesariamente al libro como vehículo de sensaciones intelectuales, sino también físicas.

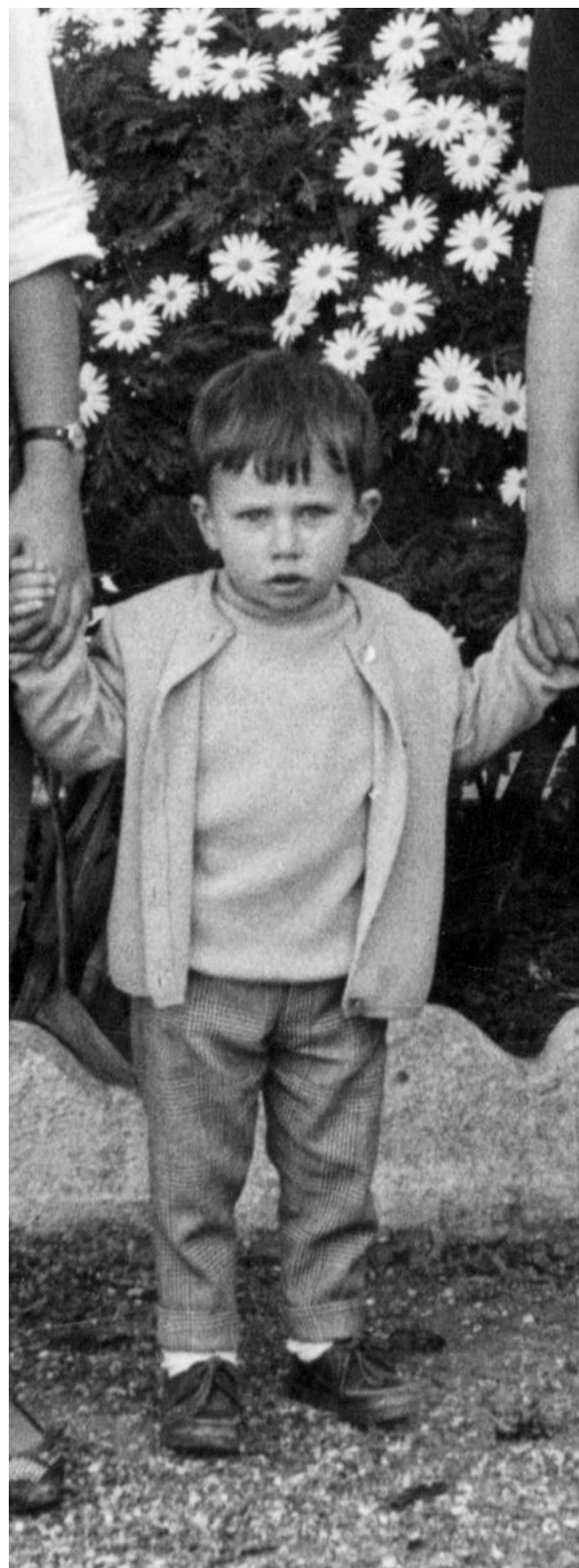
Libros como mapas. Mapas que dibujan nuestro pasado y que recuperamos gracias al tacto de las fibras de páginas y cubiertas, al olor de la tinta, las tintas, ante la simple visión de ese particular fetiche. Retazos de vida ordenados según autores, géneros, subgéneros, dedicatorias, ciudades, personas, o apilados en desordenados montones en espera de resurgir del olvido cuando las prisas abdominales aprieten.

Es así como de vez en vez La Línea, la vuestra y la mía, aparece en dolorosas y afloradas imágenes: no os preocupéis; la calificación de dolorosas se debe a la ausencia de médicos especialistas en San Roque, mi pueblo.

Este que os habla es, desde los primeros meses de mi vida, un ser tan miope y enfermizo que si os quisiera hacer saber el compendio de mis padecimientos, os lo pondría más fácil confirmándolos que, en mi historial, sólo queda por recoger el catálogo de enfermedades tropicales y, necesariamente, las terminales. Así, La Línea, desde mi percepción, fue la ciudad de los médicos, a los que visitaba semanalmente, y que involuntariamente me ayudaron a conocer otra Línea, la de las librerías, que lamentablemente también escaseaban en un San Roque cortito en recursos. Así, descubrir y habituarme al que fuese el primer enclave de La Rosa, aquella maravillosamente longilínea librería con olor a madera e iluminada, a la mejor manera de la escuela tenebrista holandesa, con unas pocas bombillas de no menos pocos vatios, vino gracias a las inevitables roturas de las gafas que el Carlos de pocos años sufría cada vez que ponía, exponía, su cara en la trayectoria de aquel balón de badana y que Gutiérrez se encargaba de reparar. La Novaro de Burroughs, Stoker, Englehart, O'Neil, Kubert..., la Burulan de Raymond, Foster, Barry, Horak, la ya citada Molino de mis aún adorados Verne, Stevenson, Crompton, Salgari, apilados en el extremo derecho, según se entraba, representan a una época tan extinta como la inocencia de los que en ella habitábamos.

Mi adicción a los Toblerones, que Montiel intentó subsanar en vano, me hizo subir los tres escalones de la Librería Villar; los análisis de sangre casualmente eran realizados al lado de la Valenciana, regentada por un anciano, una de las más amables personas con las que me he topado, cuyo nombre lamento no conocer; Ramos Argüelles se encargó de aquella hernia y, cuatro pasos más allá, Giraud, Hergé, Ejé, en el inmenso escaparate de Tavera...

Algo más alejada de aquel doliente circuito y en una zona donde no existía, al menos para mí, más excusa para visitar que la de acompañar a mi padre



a por su ración semanal de cartuchos, Manuel Sánchez me permitía entrar en aquel mágico laberinto de patios y pasillos que conformaban su local y que comenzaba tras aquel andino mostrador por encima del que la figura de Don Manuel se erguía

como aquel implacable juez que condenó a Pepe Isbert a un infierno de vaqueros y Ku-Klux-Klan, pero que se transfiguraba en un converso Mr. Scrooge cuando ponía en mis manos cualquiera de los Kamandi de Jack Kirby o me obsesionaba con el último Jabato. Sólo la minotáurica mano paterna poseía el poder y autoridad de arrastrarme fuera del entramado de catacumbas que aún sigo manteniendo inalterable en mi memoria.

Ya sé, ya sé que hablamos de librerías de pueblo, lugares en que, a poco que uno comienza a ponerse mínimamente exquisito, choca con un muro de limitaciones de difícil, que no imposible, solución, pero que continúan siendo necesarios.

Todo lector, como todo aquel que se desplaza por un territorio que le es ajeno, lo hace en calidad de turista o viajero. El turista no arriesga. Ve y obtiene aquello que han visto y retenido otros muchos antes que él y lo que verán y retendrán otros tantos después de que su rastro se difumine de manera definitiva. Nunca podrá considerar ese lugar como suyo, sobre todo cuando, en realidad, sólo le interesa enseñar las fotografías a los amigos para demostrar que estuvo allí. El viajero, por el contrario, improvisa, desconoce tanto adónde va como el motivo de su viaje, a sabiendas de que en última instancia los lugares, personas y circunstancias conformarán con él mismo una particular crisálida que lo metamorfoseará inevitablemente. Como Ulises, Eneas, o Michael Corleone, ningún viajero espera regresar a Ítaca, reencontrar a Penélope, crear Roma o afrontar los negocios de la familia. Fueron creados para viajar. ¿Qué nos importa que Ulises y Eneas fuesen héroes en Troya o que el pequeño Corleone lo fuese en Iwojima?, ¿qué nos importan sus vidas antes de que conocieran a Homero, Virgilio o Coppola? Es a través del abrazo entre ellos y sus creadores cuando sus vidas nos interesan. Es esta catálisis lo que los hace inmortales.

¿Y nosotros?, ¿quiénes éramos antes de encontrar a nuestros, en el mayor de los casos, involuntarios creadores? ¿Nos reconocemos en aquéllos que fuimos? Permítanme que ejemplifique este sentimiento contándoles una pequeña anécdota que quizás no llegue siquiera a esa categoría. Si alguna vez se les antoja bajar por Broadway hasta el

Village cuando la Gran Manzana pierde gradualmente su aséptico aspecto para adornarse con los colores de múltiples Delis, verdulerías, fruterías, tiendas de flores y demás, antes de llegar a la calle del Muro, y siempre que caminen por la acera derecha, toparán con una de las mayores sucursales de la mayor cadena de librerías conocidas por el hombre: Barnes and Noble.

El gargantuélico edificio posee dos alas; una, la primera que vemos, dedicada a la música, donde pueden encontrar cualesquiera de los discos compactos que se les antoje, pero con cierta predisposición a exponer en sus escaparates el último éxito de romanzas cantadas por cualquiera de esos tenores que carecen del menor de los ridículos para colocarse desde el disfraz de Naranjito al de lagarterana... y muy bien que hacen, allá ellos. Sólo unos metros más tarde, la entrada a la verdadera librería te lleva a la enorme antesala dedicada a los manuales de informática contigua a la no menos gran sala de Internet, con sus subsiguientes subsalas para Mac o PC. Guardias de seguridad cada cinco pasos, que aunque no interfieren, ni te miran, tú sabes que conocen hasta el menor de tus secretos. Una pulcra cafetería en la segunda planta te permite leer el libro que has escogido en las capillas superiores dedicadas a los Ángeles, el Tarot, la biografía de Kissinger o lo último de John Grishan, Danielle Steel o de Tom Morrison. Terminales informáticas situadas aquí y allá permiten localizar el más insospechado de los libros que se te antoje y que después podrás pagar con tu personal Visa a uno de los muchos cajeros alineados a la derecha de la puerta de salida y que introducirá con la mejor de sus sonrisas en una gran bolsa adornada con los rostros de Virginia Wolf a un lado y el de Samuel Beckett en el otro, para que toda la humanidad sepa que vienes de allí.

Pulcritud, rapidez, eficacia, silencio y asepsia. Cristal y fibra óptica. La inamovible Ortodoxia donde todo está en su sitio. Sacerdotes y parroquianos cruzándose por los pasillos del gran templo, orgullosos de practicar la gran religión laica del siglo XX: LA CULTURA.

Si te gustó Titanic ya puedes volver a España. Si eres de los que prefieren a los Cohen, Scorsese o Houston, aconsejo que cuando salgas de allí no

vuelvas al hotel. Pocos pasos más abajo un pequeño y sombrío solar entre edificios sirve de enclave a un improvisado mercadillo donde individuos de extraña y dudosa catadura montan sus tenderetes para exponer la colección del Saturday Evening Post, hogar del esplendoroso Rockwell; friturados vinilos, sí, he dicho vinilos, de Thelonus Monk, Bob Powell o Robert Johnson y, cómo no, desmoronables ejemplares de Faulkner, Capote, Dos Passos o Gifford entre multitud de escritores de los que, confieso, no he oído hablar... y cómo no, primeras ediciones de las obras del héroe local Walt Withman, el poeta de la india Manahata, sobre el que vociferan con tanta pasión como aquí se habló de Belmonte o Di Stéfano. Todo salpicado entre añejos y carcomidos burós de quincuagésima y chillones trileros que convencen a los De Niro y Pesci de turno para apostar el sueldo de la semana a los dados.

Suciedad, humedad, lepismas y musgo. Carcoma y ruido. La incertidumbre de la heterodoxia.

Una pequeña multitud de incalificables individuos de toda clase, edad, catadura y credo que, sin saberlo, y quizás sin pretenderlo, construyen y constituyen la gran iglesia mundial del Nihilismo: creer en nada para creer en todo, o según palabras del nunca bien ponderado Marina, pensar en bloque y escribir en líneas para poder pensar en líneas para escribir en bloque; pensar en abstracto. Guías perfectos de ese vasto y frondoso terreno donde los canónicos ángeles temen pisar. Sacerdotes iniciantes al gran culto pagano de esta jodida época: LA COMPLEJIDAD.

Evidentemente, cada uno es libre para escoger la visión que prefiera, pero, recuerden la parábola que Bradbury ideara en su Fahrenheit 451, aquel mundo donde por decreto para preservar el bien común, los libros, todos —Dickens y Cervantes incluidos—, son, serán, prohibidos y cremados. Si alguna vez, Mitra no lo quiera, los proscritos hombres libros de aquel cuento, los que almacenaban

en su memoria un libro de prólogo a epílogo, tuviesen que existir, tendrían que ser escogidos entre los que pululan por cada uno de esos solares, librerías de viejo y de pueblo, entre los que anotan con bolígrafo rojo en los márgenes de páginas directores de cine de serie B, otakus, comiczombies, etc., y no entre los mediatizados lectores de tesis políticas de Mario Conde o las memorias de Luis del Olmo, los coleccionistas de Premios Planeta, o entre esos asistentes a la entrega del Cervantes que entienden deben carcajearse al escuchar de la boca de Cabrera Infante que Mark Twain significa Marca número 2, como si de un simple chiste rompeprotocolos se tratase.

Porque, no nos engañemos, no se trata de leer o no leer, hablamos de un conflicto tan antiguo como la propia humanidad: la lucha entre lo que está arriba y lo que está abajo, el orden y el caos, la luz y la oscuridad; de escoger entre la claridad de los cegadores rayos de la luz del día o la incertidumbre de las sombras de la noche. Decantarse entre contentar a lo que queda fuera de nuestra piel o a lo que tenemos dentro.

Hablamos de sentir. Hablamos de placer, no de etiquetas. De gozar y disfrutar contemplando cómo Palas Atenea yace con Dionisio, de inundar nuestros sentidos con la ceremonia de transmisión de las experiencias y pensamientos vividos o imaginados, no de vertebrar la distribución de los nichos sociales. De atrapar a las impresionables mentes de cualquiera de los Bastianes que hemos sido y serán en el interminable mundo endiano donde lo sentido se hace más real que aquello que nos rodea, y para ello es necesaria la magia, la ilusión que comienza con la suave caricia de la cabellera de un niño de ojos abiertos de par en par que contempla embelesado la mano de uno cualquiera de esos homéricos alquimistas, contrabandistas del papel.

Y es que hay veces que ni Merlín es un Mago ni Excalibur una espada.